

Las Torres de Alcalá

En Alcalá hay un mar
de torres y gentilicios, engastado de prodigios,
siempre a punto de volar,
que conjura los vestigios e identifica el prestigio
que distingue a la ciudad.

La Albarrana en sus albores,
la testa, pequeña Pisa, sueño de la Magistral,
dieciséis sobrios pivotes
en la Muralla, quimeras del Palacio Arzobispal,
cúpulas trena y torreones.

Las torres no siempre están
en la cima y los alcores; a veces, las torres mayores
no se dejan contemplar,
aunque sean hitos del mito que conforma los honores
de una histórica ciudad.

Pero, ¡Alcalá tiene tantas!

tan altas y tan profundas, tan grandes y tan brillantes
que es dura empresa engastarlas,
pues algunas son aljibes, topacios impresionantes,
que han crecido hacia al agua.

Desde el cardenal Cisneros,
con su impulso humanista, la arquitectura y la imprenta,
a escritores hechiceros
como el manco de Lepanto, o el vértigo de cigüeñas,
que culmina el plateresco.

El grande Mateo Alemán
y su Guzmán de Alfarache; el divino Figueroa,
con su glorioso ademán;
Soror Luisa de Belén, hermana del genio y priora;
Villamediana el bacán.

Y son espléndidas torres
La Vita Christi y la Biblia Políglota Complutense,
vetustos y pulcros odres,
vehículos de libertad de las centurias siguientes,
calánticas de un nuevo orden.



Pináculos y torretas
de evidente dimensión, renacimiento y mudéjar,
ya sea Claudio de Arciniega,
Elio Antonio de Nebrija, San Bernardo o Juan Guerra
y sus pulsiones inquietas.

De flameros y espadañas,
a Rodrigo de Hontañón, Mendoza o Siloé,
más cerca, Manuel Azaña,
y mucho más, Anferal, que hace de la piedra fé,
falena, falúa y flama.

Con su lenguaje tibar,
que homenaja el pasado y exornar el porvenir
se ha hecho una torre más
de esta ciudad del Henares que debiera seducir
no tan sólo por su haz.

Si Alcalá resucitara,
que buen escudo tendría con la obra de este fabro,
alquimista y alquitara,
que purifica las formas, con su talento preclaro
y el hechizo de su labra.

¡La piedra es seda en sus manos!
la estructura, la acaricia, la doblega, la sajela,
hasta conseguir un salmo
milenario, hecho de luz, de gracia y de sutileza,
imbricando sueño y caos.

Expectante espectador,
lo que ves de la escultura es lo que del árbol ves,
pero hay raíz, savia y vigor,
lo que da vida a la planta, formando su prez y envés,
además de su exterior.

"También la piedra, si hay estrellas,
vuela", dice Gerardo en su Alondra de la Verdad,
"También la piedra, si hay estrellas,
canta", escribe en Ángeles de Compostela. ¡Comprobad
el vuelo, el canto en la piedra!

Por su cabeza de ampos
circula el gran pensamiento y el fulgor de la poesía,
de Dante hasta Machado,
desde Virgilio a Lucrecio, de Folquet a la armonía
de Hölderlin o de Safo.



De Saint-John Perse aprendió
la estructura de las obras, que consagrare el Quijote,
cima de la construcción.
¡Por sus venas corre sangre de cantaor y hugonote,
de ibero lueñe y del soll.

De los Valle de este mundo,
Rosamel fue su clamor, cabe los cantos de Pound,
que iluminan lo profundo
con unas pocas palabras, hechas de ser, sur y soul,
maravilloso y fecundo.

De Wallace Stevens tiene
el clamor y la presencia, la precisión y la esencia
la distancia y la ecumene
de su Ángel Necesario o de su ficción soberbia,
distante, feraz, fulgente.

Y, ¡como noi, Spinoza,
marrano de la razón; Heidegger y el mago Huguet,
los cubistas y Laurens *,
y los griegos y los rusos, de tan distantes porqués,
plúmulas de su zozobra.

La torre no es flor de un día,
ni ocurrencia ni milagro, sino soledad y taller
lejos de la algarabía
hasta hallar en la piedra, alma, luz, vida y meguez
de su sagrada armonía.

Hoy nadie sabe qué es
ni el arte, ni la escultura, ni la poesía, ni la vida
en este mundo, al revés,
de frivolidad y vacío, por eso es muy bien venida
esta eclosión de areté.

La lusa Venus de la hoja,
la Esfinge, Calipso, Ícaro, Dama de África, el Reposo
escriben una honda oda,
a este mar de templos, de colegios y estudiosos,
distráido en paradojas.

Pero, ¿valora Alcalá
lo que tiene y no proclama?. La inmensa cuna de Imagen,
para Cervantes y Azaña,
la iglesia de Santa María, donde estas pinturas valen
como epinicio y cantata.



El ángel blanco del sur,
 encarnado en Ramos Rosa, ilumina esta pascana;
 otras fue la llama azul
 de Cesariny y Cruzeiro, con surreales pавanas,
 llenas de magia y de luz.

No es quijotesca Alcalá,
 de abolengo cervantina, cisneriana, mendozina;
 ¿y el Quijote?, universal,
 que brilla en estas pinturas, como el dios de la utopía:
 adusto, ácrata, lustral.

En Alcalá hay un mar
 de tejados, de campanas y preciosistas mejanas
 siempre a punto de soñar,
 como esta piedra esculpida -¡gritos, elegías o nanas!-,
 que ahora muestra Anferal,
 en Alcalá...

Tomás Paredes
 31.XII.04

* Pronúnciese "Laurens" a la francesa

